

EL ORIGEN DE LA CRUZ

Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán



14 años
Villarrica
Primer lugar regional

Ilustración: Karina Cocq

El viaje de vuelta hacia mi pueblo de Licán Ray había sido largo y tedioso. Habíamos ido a Temuco a buscar a mi abuelo Fito que estuvo internado en el Hospital Regional Hernán Henríquez por un infarto que sufrió, al cual gracias a Dios, sobrevivió. Cuando íbamos entrando a nuestro pueblo, yo dije: “¡Al fin se ve la cruz!”. Mi abuelo se acomodó en el asiento y luego me dijo: “¡La Cruz de Licán! ¡Una gran historia para contar!”. Luego, mirándome con esos ojos cansados, ya de tanto mirar, me preguntó: “¿Te gustaría escucharla?”. La verdad, yo le hubiera dicho que no, pero luego recordé que había estado a punto de dejar este mundo, además de la pena que sentí ese día. Entonces le respondí: “Llegando a la casa, tata, con una agüita calentita, soy todo oídos”.

Mi lala Elda le tenía su cama lista, con su guatero regalón. Y ahí me instalé, a su lado, en esa cama antigua que siempre me pareció tan grande y que ahora ya no lo era tanto. Con su voz grave y pausada, comenzó a relatar la historia.

Cuando se fundó nuestro pueblo, sus primeros habitantes, entre ellos tus bisabuelos, tuvieron que afrontar grandes inundaciones y salidas del lago Calafquén que provocaban desgracias, como llevarse los animales, las precarias casas y más de una vez lamentablemente, vidas humanas. Cada vez que pasaba una catástrofe, los vecinos se ayudaban unos a otros para poner el pueblo en pie y finalmente se reunían en la entrada del pueblo a rogar a Dios que no los volviera a castigar de esa forma. Lamentablemente, volvía cada invierno a suceder y con peores consecuencias. La última gran inundación se llevó una familia completa. Esa vez, estuvieron reunidos rezando novenas y rosarios, arrodillados hasta que sus rodillas sangraban, elevando ruegos y clamando al buen Dios. De pronto, el cielo pasó de un gris oscuro a un azul profundo, sin ninguna nube en el cielo, más no llovió durante todo ese mes de julio. Los lugareños lo tomaron como una señal divina. Entre tantas propuestas de altar y agradecimientos, la idea de levantar una cruz en la entrada del pueblo, salió triunfadora. Ese mismo día comenzaron a buscar madera de pellín. Luego, erigieron la cruz con sus propias manos, a pesar de su cansancio. Desde ese resto de invierno y los venideros, no volvió a inundarse ni a salirse el lago. La cruz sería el símbolo de la fe de sus habitantes.

Cuando mi abuelo Fito terminó su relato, estaba con su mirada perdida, como reviviendo esos momentos. Me daba pena interrumpirlo, pero le dije:

—Tata, qué increíble que un trozo de madera signifique tanto. Pero obviamente, ¿la cruz original ya fue reemplazada varias veces? ¿Verdad, tata?

Mi tata, como volviendo de un trance dijo:

—Claro que sí, pero cada vez se elegía una madera noble y se reponía al instante. ¿No ve que podía volver la maldición? —Luego miró hacia la puerta y me dijo bajito—: *M'* hijo, mire en mi velador. Hay una cajita, sáquela. —Le hice caso y miré en su interior, había un trozo de madera rojiza.

Mi tata me dijo:

—Es de la cruz original. Se la regalo, cuídela y no olvide esta historia. —Luego cerró sus ojos y se durmió.

Salí de su pieza en silencio y con el regalo apretado en mi mano. Desde ahora en adelante, la llegada a mi pueblo ya no será la misma. Ahora sé que esa cruz está ahí más que de adorno, y que entre mis manos tengo un trozo de esa historia.